

CARLO CASSOLA: *Paura e tristezza*; Torino, Einaudi, 1970, 329 p.; 14 x 22 cm.

Para Cassola la representación de lo cotidiano constituye la esencia misma de la poesía y de la vida. Nos lo vuelve a decir en esta historia que es como el desarrollo de su poética juvenil (el título y el ambiente son los mismos que los de uno de sus primeros cuentos incluido en su libro *La visita*). Es una historia llana, simple, en la que no hay hechos sobresalientes; todo, absolutamente todo, tiene la misma importancia, sólo hay una ininterrumpida sucesión de vicisitudes que vistas así, en su constante fluir, quedan como despegadas de la vida práctica, adquieren un valor puramente existencial. Lo anónimo y lo cotidiano suprimen lo excepcional, así como el fluir del tiempo en su igual, insistida cadencia, parece prácticamente destruir el tiempo.

La historia de Anna, la protagonista, está dividida en dos tiempos: su vida en el campo (Le Balze, la Badia), su vida en la ciudad (Volterra). Los años de la infancia y de la adolescencia son ricos en vivencias que han de alimentar su vida posterior. El paisaje vive objetivamente, en sus mínimos detalles y es a la vez parte del mundo interior del personaje. De ahí que, ya en la ciudad, Anna se sienta siempre atraída por los lugares de su infancia, y que los ocasionales retornos a su pueblo natal sean también retornos a lo más puro de sí misma, a una vida feliz a pesar de su triste condición de niña pobre y bastarda. Las emociones que le ocasiona su primer amor de adolescente se identifican con la vida de la naturaleza circundante: *Ahora sentía latir su corazón. ¿Era el latido del corazón o el correr del agua en la acequia? ¿O el murmullo de las hojas de los álamos?* Y es siempre la naturaleza la que reconcilia a Anna con la existencia. La contemplación de la tierra labrada, la alegría de reconocer las fases de crecimiento de los cultivos en el alternar de las estaciones es un consuelo, acaso el único, que la compensa de la carga absurda que es para ella la vida. Porque hasta el amor es sentido como una fatalidad, una esclavitud a la que nadie puede sustraerse.

La novela procede a través de una agregación de los datos menudos, espaciales y temporales que configuran una existencia, más aún, todas las existencias, porque en este entretrejerse de eventos, gestos, emociones, cosas mínimas cotidianas, comunes, se adivina la vicisitud de todos los hombres, la vicisitud de ahora y de siempre.

El personaje de Anna (como todas las figuras femeninas de Cassola) tiene una doble función en la novela: por una parte, representa el sentir del autor, su elegíaca interpretación de la vida. Por la otra, define los límites del realismo del escritor, es decir, su constante calculado esfuerzo por adecuar su lenguaje al del personaje, por hacerle inventar y ver la poesía de las cosas. Y es esa poesía la que da fuerza a la protagonista para seguir viviendo, la que le hace descubrir en las cosas todo lo que los demás no son capaces de ver, la que la lleva a la pasiva aceptación de su propio destino. Por eso, sus retornos a la aldea natal son también símbolos de nuevos comienzos así como el final abierto del libro, aun aludiendo al otoño, apunta a un eterno retorno, a un ciclo que no tiene principio ni fin.

La originalidad de Cassola (que para algunos críticos también puede constituir un límite) consiste en no considerar la novela como un organismo narrativo complejo, dotado de acción y desarrollo. Su vocación es la de un escritor lírico que rehuye toda problemática de lo real. Porque si bien él maneja una tupida red de datos reales, los despoja de todo atributo temporal, de acuerdo con su poética de lo *subliminar*, es decir, de lo que está más allá de los hechos visibles y concretos. Para encontrarle sentido a la vida, Cassola intenta depurarla de lo contingente, liberarla de toda incidencia ideológica o social; crea una

vida al margen de la historia. Es un retorno a la poética del hermetismo de la cual él mismo ya había advertido el peligro. En esta novela que es, en última instancia, una meditación sobre la vida, Cassola rechaza la idea de una literatura como compromiso o mensaje para proponer la de una literatura como conocimiento y poesía.

MARÍA ELENA CHIAPASCO